

ITXAS - MENDI

Juan Thalamas Labandibar

ITXAS - MENDI

por JUAN THALAMAS LABANDIBAR

Resulta obvio afirmar que la sociedad humana se halla sometida a cambios más o menos fundamentales, no sólo de un siglo a otro, sino también de una generación a otra. Esto que se ha dado en los tiempos que pertenecen al pasado, se manifiesta en el día de hoy a un ritmo exagerado, debido a que, con el maquinismo y la electrónica, se ha iniciado una nueva Era, una inédita civilización de alcance planetario, cuyo porvenir, por rumbos de auténtica construcción o de aniquilamiento, resulta imposible poder atisbar o predecir.

En todo caso, cualquier escrito que haya conseguido reflejar un pasado más o menos lejano, con una acertada visión de la vida social, sea en el ámbito agrícola o en el marítimo, encierra por sí mismo un valor documental, cuyo conocimiento implica una satisfacción y un enriquecimiento para la mente del hombre. Así, sin más pretensión que el poder vislumbrar situaciones que se desvanecieron, pero con la nostalgia "de los tiempos que fueron", hemos redactado el presente trabajo.

Cabe reconocer que un cierto número de creencias y prácticas que eran corrientes hace dos o tres generaciones, no dejan de chocarnos por su incompatibilidad con nuestros modos de pensar y de actuar actuales. Lo mismo dirán de la generación actual quienes, por ejemplo, juzguen del "unisex" y de esa manera desgarrada y más que desaliñada de los jóvenes de hoy, para los cuales el más elemental sentido de la elegancia queda totalmente descartado. Si es cierto, como lo señaló a su debido tiempo el gran antropólogo que fue el doctor Marañón, que la feminidad se manifiesta ante todo en el peinado y el calzado de la mujer, debemos reconocer que, con sus pelos lacios y sus pies patosos, la juventud femenina de hoy se presenta como perteneciente a un nivel zoológico que corresponde muy poco a la especie humana...

Los dos escritos que encajan en nuestro trabajo, se hallan inspirados en sendas personalidades que vivieron el mundo que describen con exactitud. El ámbito de la vida marítima nadie pudo hacerlo mejor que D. Domingo Aguirre, autor de *KRESALA*, como hijo preclaro de Ondárroa y buen conocedor del lugar de su nacimiento. En lo que al rural se refiere, nos hemos valido de la obra de Mme. d'Abbadie d'Arrast, autora de un libro cuyo título es *CAUSERIES SUR LE PAYS BASQUE*, publicado a principios de este siglo.

No hemos pretendido evocar un mundo edénico, pues resulta absurdo afirmar que, necesariamente, el tiempo pasado fue mejor que el presente. Lo que no puede negarse es que el conocimiento de la manera de ser y de sentir de las generaciones de nuestros abuelos o bisabuelos, situándonos al margen del gregarismo masificador en que vivimos, puede depararnos cierto "regusto" para nuestra mente y nuestro espíritu.

ARRANONDO

El nombre supuesto de Arranondo apenas disimula el de Ondárroa, siendo como es su anagrama y lugar de nacimiento del autor de *KRESALA* —"Salitre"—. A la tan simpática como celebrada villa costera vizcaína van dedicadas las páginas de la novela de don Domingo Aguirre, de sabor plenamente marinero. En ella aparecen a lo vivo las gentes de nuestras zonas cantábricas, hombres, mujeres, jóvenes enamoradizos, niños, con su lenguaje pintoresco, sus costumbres y reacciones, sea en momentos en que el buen humor se da rienda suelta con normalidad, sea en esos malos trances que surgen cuando el mar se encrespa y crea, para los que en ella se adentraron, momentos de máximo peligro.

Arranondo aparece colgando —*dindilizka*— entre monte y mar, como si tuviera sus pies metidos en agua —*uretan oñak*—. A su vez, las casas, escalonadas unas sobre otras, llevan la parte trasera pegada a la misma falda del monte, mientras que la fachada delantera se muestra despejada en su totalidad: *etxeak bata bestien gañean, atzeko aldea lurpean sarturik eta aurrekoen tellatutik arpegia erakusten*.

En cada vivienda hay cuando menos cuarenta personas, con gran predominio de los niños. Lo que más llama la atención en los huecos de las casas, es el ver colgada la ropa blanca, sobre todo, las sábanas, junto a los trajes de faena de los pescadores: *itxas gizonen jaka urdiñak eta oeko zapi zuriak esegita.*

Pocas tierras posee Arranondo, al igual que las demás villas costeras, pues las anteiglesias cedieron justo lo necesario para su emplazamiento y edificación urbana; pero esas tierras, convertidas en prados, vergeles y manzanales, producen al máximo en vista de la alimentación de una parte del vecindario: ... *ondo landuriko soro, baratza ta sagastixu batzuk agertuten dira, eurak erne, sortu ta azi daroen guztia erriaren aora eskiñika balegoz legez.*

En la ría se ve un número crecido de embarcaciones de diverso calado y género: *mueta guztizko txalopaz beterikako ibaia.* Al otro lado de la ría hay unos astilleros —*ontzitegiak*— y cara al mar, se presenta la playa, en disposición de recibir las olas, cual brazos que se alargan desmesuradamente en la pleamar: *itxasoak bere goraldietan besoak zabalduteko bear daben ondartzea.*

Las sidrerías y tabernas no pueden faltar en el pueblo, sin más lujo que la presencia algún tanto bullanguera de los bebedores. La sidrería no pasa de ser un mal bodegón, en el cual se conservan algunos trastos viejos: *tresna zarra gordetzeko gelatxo bat*; el suelo, de barro, aguanta unos contados barriles alineados sobre dos fuertes maderos, conteniendo una sidra de buena calidad: *ona izan dedilla ta non jarririk egon ezarren ezta izaten ardurarik.* En cuanto a la taberna, posee uno o dos odres de vino, una mesa estrecha y larga con un banco de madera en cada lado, una jarra para el vino y unos cuantos vasos: *zaragi bat edo bi bazter baten da lurrezko pitxar morko eta leiarrezko edanontzi batzuek ... ezta geiago bear izaten.*

La iglesia parroquial de Arranondo llama la atención por sus bellas proporciones y su estilo gótico, aunque sus altares, en número de seis, sean marcadamente churriguerescos; entre ellos destacan el de San Pedro y el de Jesús Crucificado: *nagusiaren eskumaldetik Done Pedrorena, ezkerretik Kurutze josirik dagoen Jesusena.* Sobra decir que las plegarias más fervorosas suben al cielo cuando arrecia el temporal y los pescadores se hallan en dificultad en pleno océano.

Nuestros *arrantzales* tienen modales poco refinados; sus respuestas pueden ser bruscas y llegan con facilidad a la riña. A pesar de ello, poseen un fondo bueno y noble que se manifiesta espontáneamente ante cualquier género de necesidad; entonces saben dar el poco dinero que poseen y el mendrugo de pan que no les sobra: *errez dakie emoten ... sakelan darabilen ondo igortzitako txanpon bakarra edo eskuetan daukien ezkenengo ogi zatia be*; sobre todo, cuando surge en el vecindario algún caso de urgente necesidad, son incapaces de mostrarse insensibles, sin prestar su ayuda con toda generosidad: *ordu estu ta larrietan biotz guztiagaz eta edozeñi laguntasuna emoten badakie*.

Costumbre muy arraigada ha sido entre la gente marinera el ser conocida y denominada, más que por su nombre de pila o su apellido, por un mote que alcanza a todos los miembros de una familia y ello de una generación a otra, hasta el punto de que a veces resulta difícil localizar a una persona que recibe una carta dirigida al verdadero nombre de su destinatario. Esos motes no pueden ser más variopintos: *Sardinzar, Esnepela, Lapikatxu, Mangolino, Ardauzuri, Gatzbero*, etc. Las mismas embarcaciones, más que por el nombre con que fueron bautizadas, se las conoce por el apodo de su propietario: *Sardinzarraren txalupea...*

En un artículo publicado por el abate Pierre Larzabal, en la revista EUSKERA, de Bilbao (XIX, 1974, págs. 163-166), se señala esa práctica no muy edificante en el ambiente rural del país vasco continental. Dice que los motes a veces equivalen a nombres de animales, por el parecido que uno pudo tener con el animal de una especie determinada: *Norbait abere baten izena ematen diote, abere harekin zerbait antza dutelakotz, jitez, gorputzez, jokabidez edo bertze edo zein bidez*. Lo malo es que el apodo se transmite del padre a los hijos: *burasotarik haurenganat jausten dira*. También, según Larzabal, se aplican motes —*izen goitiak*— inspirados en el mundo de los peces: *zapalarrua, korrokoia, mazupla, zardín*, etc. En cambio, a las mujeres se las considera más que a los hombres, pues rara vez se les aplica un apodo. Se pregunta Larzabal si ello no se debe al respeto que implica el hecho de la maternidad: *ez ote amatasunari ekarri zaion errespetuarengatik*; o también a que la mujer, en el orden social, ocupa una situación muy diferente a la del hombre: *edo ere, emaztea gizartetik gizona baiño baztertuagoa bizi delakotz*.

En la novela de D. Domingo aparecen dos personajes femeninos con sendos motes: *Brix* y *Tramana*. El diálogo que entablan riñendo mientras corren al muelle en medio de un temporal, no tiene desperdicio. Gritan, se insultan, se enfrentan, y en el momento en que van a venir a las manos, cada una se va por su lado a ver qué pasa en el puerto. El retrato que hace de una de ellas el novelista, no deja de ser algún tanto despiadado: *Atso gerri lodi, gonamotz, esku zikindun batek, ondo lotubarik eukan buruko zapiaren atzeko dindilizka, oin bat orpozik eta bestean abarketa zar bat oso narrasean eroiala. ¡Pobre Tramana!*

Bizikera

El invierno suele ser la temporada del besugo —*besutegia*—, en que los pescadores se van a la mar en unas barcas que, por su poco calado y el número de la tripulación, están expuestas a zozobrar con facilidad; basta para ello un fuerte golpe de viento en la vela de la embarcación. Ya en primavera, esas mismas lanchas, bien calafateadas, se aprestan para la pesca del atún. A su vez, las traineras, largas y ligeras, pintadas con ribetes de distintos colores, azul, blanco o rojo, se hallan preparadas para iniciar la temporada de la anchoa, que suele tener lugar durante las semanas de Cuaresma: ... *triñeruak, me meiak eurak, lirain, leun da guztiz polito egiñak (meiegiak eta politegiak eidira orainguak), azpitik baltzez da karel ondoan edo gañertzean lerro urdin, zuri edo gorriz apaindurik, antxobarako prestaturik egozan.*

Para la pesca de la anchoa resulta de gran eficacia la presencia del señero oteando la mar. Cuando lanza el grito de *gorria! gorria!*, indicando la proximidad de algún banco de peces, salen inmediatamente las traineras con sus redes, organizando entre ellas una verdadera carrera por ver cuál llegará en primer lugar para adquirir el derecho a lanzar la red. Si llegan dos o más lanchas al mismo tiempo, ambas adquieren los mismos derechos para alcanzar la presa. Es el momento más crítico para el entendimiento y convivencia de los pescadores, pues entonces es cuando surgen insultos, riñas e incluso reyertas: *Yainkoak daki arrantzaleak euren artean erabilli oi daben aserrea, errierta, iskanbilla ta deadar garrazak; ta noizean bein alkarri arraña artzengabe galerazotea, arrika edo akaka norbairi buruaustea be gertau oi da.*

Esos incidentes ocurren sobre todo cuando la bocarta o el pescado menudo hace buen precio. En cambio, cuando abunda la anchoa o la sardina pequeña y se vende a bajo precio, se cede muy barato para el abono de las tierras de labor: *iñoiz arrain asko dan urtean, antxoba, bokarta edo sardintxoia soloetarako satsa legez be salduten da, oso merke.*

En no pocos casos, la denuncia de los bancos de peces, se debe a la intervención de los delfines o marsopas que, con la máxima voracidad, embisten la presa desde abajo, lo cual hace que los peces se coloquen a flor de agua, produciendo con sus escamas unos reflejos que resulta fácil divisar a distancia. Además, en esas circunstancias las gaviotas se dejan caer desde cierta altura para darse buenas panzadas de los apetitosos peces: ... *izurdiak beratik gora ta kaiuak goitik bera, dsist et dsaust sartuten dire arrain pilloaren erdian, janalak jaten da iruntsialak iruntsiten.*

En la vida económica de la costa cantábrica intervienen las mujeres, sea para limpiar y salar el pescado menudo, sea para elaborar las conservas de atún, sardina y anchoa que adquieren las fábricas para exportarlas a varios países extranjeros: *emakumeai jagoke erdalerrietara bialtzeko lantegiak erosi daroen arraña orio-tan erre ta upeltxuetan tolostutea.*

La venta al público también corre por cuenta de las mujeres, a veces en la misma localidad, otras veces ofreciendo el pescado a clientelas que radican en pueblos tan distantes como Marquina, Durango, Elgóibar, Eibar, Ermua, etc. El desplazamiento de esas buenas personas se hace llevando la carga sobre unos borriquitos, razón por la cual se las denomina *astodunak*. El desfile callejero de esas vendedoras ofreciendo a voz en grito su mercancía, *arrain ederrak eta merke!*... no puede ser más pintoresco. Para alegrar su viaje de ida y vuelta en el mismo día —esfuerzo que hoy nos parece sorprendente—, esas mujeres solían ir cantando. Una de las coplas que señala D. Domingo se refiere a una enamorada que suscita en su galán la idea de trasponer el mar para ir a verla, por muy ancho y profundo que parezca:

*Itxasoak urak andi,
Eztau ondorik agiri:
Pasako nintzake andik
Maitea ikusteagaitik.*

Si algún guasón se permite preguntar a una vendedora de pescado si en verdad tiene alguien que se guste de ella, la respuesta acerba y cáustica no se hace esperar: *Emen daukagu gure mutur baltz, eta maiterik daukagun diño berak. Bai bost, zu baño morrosko obeak eta maitagarriagoak* (Sí, más de cinco y más morrosocos y dignos de ser queridos que tú, hocico negro...).

Eleizkizunak

Con cierta ironía dice el autor de KRESALA que los fieles de Arranondo no tienen para la *txartela* tanto celo como para atender a la llamada de la *gorria*, aunque la esquila parroquial haga oír su voz una y otra vez: *gorrira bezain azkar ezтира joaten txartelatar, eleiz-eskillatxoak dilin-dalan luzarokoan dei egiñarren*.

Por *txartela* se entiende el certificado del cumplimiento pasqual, previo examen de ciertas nociones de catecismo. La gente se siente remolona para someterse a esa pequeña prueba, aunque todos reconozcan que para un cristiano tiene su razón de ser: *lotseagatik edo, txartelaren billa eleizgelara joateko euren gorputza astundu egiten jakoe*.

La Semana Santa —*Aste Donea*— es cuando la feligresía se siente más enfervorizada, especialmente el Jueves y Viernes Santo —*Egunen da Bariku Donetan*—, debido a las procesiones en que se exhibe a lo vivo el misterio de la Pasión de Cristo. Mucha gente de los pueblos del contorno acude a presenciar el espectáculo sacro que se da con mucha seriedad. Lo que más llama la atención en el desfile del Jueves Santo son los doce Apóstoles acompañando a Jesús en la calle de la Amargura. Se trata de doce pescadores debidamente ataviados, plasmando el colegio apostólico alrededor de la figura del Maestro: *Bat Jesus bera eta beste amabiak Jesusen lenengo Ikasleak balira legez*.

El Viernes Santo la persona de Jesús va cargada con la cruz y en su alrededor figuran unos cuantos legionarios romanos, conocidos por “fariseos”: *Erromatar gudarien jazkera deuntsue Arranondon fariseoak esaten deuntsie*. Asimismo, aparece un grupo de mujeres en cuanto “hijas de Jerusalén”: *Jerusalengo alabak direlata*. El Cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz, y otros personajes, evocadores de la escena de la Pasión, desfilan en la procesión bien caracterizados: *egoki jantzi ta apainduak*. Pero no deja de señalar D. Domingo los tiempos no lejanos en que el atuendo de los per-

sonajes se reducía a simples túnicas y llevaban en sus cabezas unas mitras confeccionadas con papel, adornadas, el Jueves Santo, con cintas rojas, las cuales, el día siguiente, eran sustituidas por otras de color negro. Esta manera de presentarse en público resultaría chocante en los momentos actuales, pero en el pasado a nadie parecía ridícula: *barre egin dauke nere irakurleen batek, bañan ezeban Arranondon iñok barrerik egiten.*

Durante el desfile, los Apóstoles entonan un canto lúgubre, invitando a todos los fieles al arrepentimiento de sus pecados. Luego, a modo de estribillo, la muchedumbre repite los dos últimos versos, declarando que se suman a los padecimientos de Cristo con un corazón contrito y humillado:

*Jesukristori kendu ezker
Pekatuakin bizitza,
Baldin ezpadot negar egiten
Arrizko dot biotza.*

En ocasión de la festividad de la Andra Mari, el 15 de Agosto, tiene lugar la subida procesional de los fieles a la ermita de Santa María de la Antigua, patrona de la localidad. El clero, revestido de sus mejores galas litúrgicas, va cantando el *Ave Maris Stella*, a la vez que la banda de música ameniza el ambiente con piezas escogidas de su repertorio. Ya en el templo, el coro parroquial interpreta una misa solemne, después de un mes de ensayos, por voces de hombres muy afinadas. El sermón corre por cuenta de un predicador traído de fuera, y su actuación resulta tanto más apreciada, cuanto mayor sea el vigor de una oratoria que no se interrumpa por un solo acceso de tos: *Axe da eztarria, eztul bat be eztau egin!*

Después de la función religiosa, la bajada del monte suele ser alegre y bullanguera; los jóvenes dando brincos, las mujeres hablando todas a la vez, y los hombres fumando cigarrillos enhebrados por sus recias manos encallecidas en el trabajo: *taketa baño gogorragoko atzamarren artean zigarro bat egiñaz.*

Cuando los hombres penetran en sus casas a la hora del yantar, ven que la mesa está cubierta con un mantel muy blanco, encima del cual hay una botella de vino y una hogaza, a fin de que, antes de la comida, se pueda tomar un "taquillo". Mientras uno corta

rodajas de pan —*ogi errotadak*—, otro escancia vino en los vasos: *beste batek ardaoa emon*. Nunca faltan invitados, pues el pescador es obsequioso y le gusta que, entre los comensales, haya gente del campo. Cierto es que él es más frugal que el campesino, pues sus posibilidades económicas son más reducidas y no halla en casa abundancia de todo, como el que trabaja la tierra. Pero, con su excelente humor y su buena dosis de alegría, la gente de mar sabe crear un ambiente muy grato, y, mientras los jóvenes se van después de la comida a holgarse con sus amigos, los mayores prolongan durante horas la sobremesa en plano de franca amistad: *Baña alkar danak ondo artzen dakie ta adiskidetasun onean igaroten ditue alkarregaz ordu luzeak*.

Don Domingo Aguirre no se detiene a considerar la devoción que representa para sus coterráneos Santa Clara, patrona de la cofradía de pescadores y que en la Atalaya posee una ermita muy concurrida el 12 de Agosto. A don Manuel de Lecuona le debemos un estudio minucioso de lo que esa devoción a la santa de Asís representa para la devoción popular de nuestras gentes y, de un modo muy especial, para la feligresía de Ondárroa. Los versos que integran el himno a Santa Clara y que el pueblo ondarrés entona con entusiasmo, constituyen el objetivo del estudio del señor Lecuona. Se trata de hacer ver el carácter gótico de esos versos, no exentos de cierto humorismo muy a la usanza en la manera algún tanto desenfadada con que se trataba a los hombres de iglesia en los tiempos medievales (1).

Comienzan los versos poniendo muy en evidencia que el nombre de la santa, Clara, equivale en euskera a *Argia*, y que su condición de “bieta” le permite gozar en el cielo del privilegio de la virginidad:

Bieta Santa Clara
—*euskeraz argia*—
zu zera zeruetan
dontzella garbia;
zu zera zeruetan
dontzella garbia.

(1) *Santa Clararen kanta zahar bat (Bi antzerki ta itzaldi bat, “Kuliska Sorta”, n.º 59, pp. 100-140).*

Luego vienen otras estrofas en que se la ve predestinada, desde el vientre de su madre, a ser un ejemplo para todo el mundo: *Amaren sabeletik / zenduan grazia / munduan izateko / ejenplu bizia*. Esa vocación de “bieta” —religiosa— que se atribuye a la santa, revela los tiempos anteriores a la reforma de Cisneros en que las monjas no vivían enclaustradas, sino que llevaban una existencia más libre en los beaterios que fueron numerosos en todo el país vasco: *Beata-etxe izaten zirana, ots, itxigabeko, klausura gabeko Beaterio. XV gizaldiaren bukaeran, Zisneros kardenal sonatua izan zan Beaterio aiek klausuradun konbentu biurtuerazi zituana*. Desde muy niña, valiéndose de piedrecitas, se dedicaba a rezar el rosario, hasta el momento en que, con una palma en la mano, el día de Ramos, se presentó en las calles de Asís:

*Alkargana baturik
arri-koskortxoak,
erreza oi zenduzan
Errosarioak...*

*Palma eder bategaz
Erremu-goizean
agertu izan ziñan
Asis'ko kalean.*

Al hacerse religiosa, fue San Francisco su padrino: *Aita San Prantziskua / padrino arturik, / esposa izan ziñan / aitamen ixillik*. Esa manera de designar al santo de Asís, *Prantziskua* —así como *Jesusa*, para Jesús, en la octava estrofa—, confirma el hecho de que el canto tenga su origen en los siglos XIV o XV, ya que en los más antiguos villancicos aparece la forma de *Jesusa*, o sea con y el artículo, cosa que hoy no se da, pues se dice escuetamente *Jesus* y también *Prantzisko*: *Jesusa ori arkitzen degu, zenbait antziñako Gabon-kantetan... Bañan gaur Gabon-kantak ateratzen dituztenak, ez bait-dizute ametsetan olakorik esango. Ez orain, ezta lentxuago ere. Olako kantak, kanta zahar-zaharrak bide-dira. Erdiarokoak? Bete-betea bai, nik uste.*

Otro detalle en el cual se fija el señor Lecuona para determinar la época a que corresponden los versos, es la mención que se hace de la santa como portadora de la custodia, con la cual ella pudo ahuyentar a los moros que, sin duda, llegaron hasta la ciudad de

Asís... : *Eskuetan dakazun / gauzaren aundia! / Kustorio batekin / Jesusa bizia / ... ikusi eta bertan / moruak igesi*. En las imágenes de la santa existentes en algunos templos de nuestro país, concretamente en Ondárroa, Rentería y Zerain, se la representa con una custodia, pero no ya de forma redonda, sino alargada, que es como le correspondía en los siglos medievales. De ahí que el cantar de Ondárroa y las imágenes de Santa Clara puedan ser de la misma época: *Santaren irudiak gure elizetan eta santaren koplak gure kopladian. Dena Erdi-Aroko*.

De interés folklórico es el recurrir a una paloma blanca para tener noticias del mundo celestial, donde la santa beneficia de la inmortalidad:

—*Uso txuri ederra:*

zeruan zer berri?

—*Zeruan berri onak*

orain eta beti.

En cuanto a la última estrofa, no tiene desperdicio para comprender la idea que, en tiempos de saturación religiosa, los fieles se hacían de ciertos elementos religiosos que no se distinguían precisamente por su generosidad. Los regalos de las monjas no van más allá de unas cuantas nueces: *Monjen erregaluak / intxaurreak oi dira*. Si todas fuesen “fiñak”, es decir auténticas en su religiosidad: *aiek ere guztiak / bai fiñak balira!* Cabe recordar que autores medievales tan destacados como Dante, a la vez que admitían, sin prejuicios de ningún género, la fe católica, no tenían reparo alguno en denunciar ciertas formas de *modus vivendi*, sobre todo en los jerarcas, para luego lanzarles nada menos que al infierno. A través de la ironía que encierra la última estrofa del canto dedicado a Santa Clara, al ensalzar su santidad se denuncia a los que no sabían o no querían seguir ese camino.

Jaialdiak

Las fiestas locales, por San Antolín, suelen durar tres días. El primer día es el que mejor se celebra, debido a la solemnidad religiosa y a los invitados, a quienes se obsequia con una comida en la que, a la sopa de pan o de fideos, le sigue un buen cocido con tocino, morcilla o chorizo, y luego un plato de carne; para el postre no puede faltar el arroz con leche; en cuanto al vino,

ese día puede cada cual servirse sin limitaciones de ningún género, antes y después del café, pues la sobremesa se prolonga durante largas horas.

Los jóvenes son quienes conservan el humor necesario para holgarse durante los días siguientes. El segundo día, un grupo de muchachos, vestidos de blanco, desfilan por las calles llevando, en medio de ellos, a dos jovencitos disfrazados grotescamente, con la cara sucia de hollín y cargando sobre sus espaldas sendos odres de vino. Cuando el grupo se detiene, los enmascarados se agazan, y los que les rodean, después de simular con sus palos el acto de escardar una tierra de labor, siguiendo el ritmo marcado por el *ttun-ttun*, en un momento dado golpean los odres imprimiendo a los que los sostienen posturas tan difíciles, que frecuentemente caen al suelo. Entre tanto, la chiquillería que sigue a la comitiva, canta a gritos:

*Saliñetarik etorriko da
Gure eskolako maixua,
Ai Saliña, Saliña, Saliña,
Ai Saliña gaixua!*

Los muchachos, escolares en su mayoría, dan a entender que los palos que reciben los odres van dirigidos a cierto maestro que, con el nombre de Saliña, dejó el recuerdo de un auténtico coco, sin duda por las palizas que daba a sus alumnos. Sobra decir que en la intención de los danzantes y de la gente menuda, queda muy atrás la significación originaria de la *shagi-dantza*, denominada también *jorrai-dantza* (*artojorrazaleak*, escardadores de maiz). Ese mismo día, por la tarde, tiene lugar la típica y algún tanto inhumana fiesta de la *antzara-yokua*, "juego del ganso", en cuyos detalles no entra el autor de KRESALA. Fue en tiempos pasados una diversión muy generalizada en todo nuestro país y se mantiene actualmente en Lekeitio con el nombre castellanizado de *antzarres*, en ocasión de las fiestas de San Antolín, patrono de la villa.

Ese segundo día de fiestas, por la tarde, es cuando se exhiben los casados en un *Aurresku* que a D. Domingo se le antoja algún tanto desplazado: *Aurresko barregarri bat agure zoro ta ganorabageko atsoen artean*. Desde luego, no puede compararse la danza interpretada por jóvenes de ambos sexos, apuestos, lucidos y ágiles,

con la de sus padres que consiguen con cierta dificultad, no ya moverse, pero sí dar los brincos y saltos de rigor. Pero, considerada la intervención de personas mayores en esa manifestación bajo el ángulo de la simpatía que merecen y el deseo de que no se vean vencidos por la vida, qué duda cabe de que el público aplaude con gusto a los que en modo alguno son considerados como *agure zoro* ni como *ganorabageko atsoak*, sino como excelentes padres —*gurasoak*—, dignos del mayor respeto, incluso cuando una vez, en todo el año, quieren hacer recordar los tiempos en que ellos también se sintieron jóvenes y supieron, en su generación, lucirse como los mejores *dantzaris* del pueblo...

Los partidos de pelota suelen tener lugar el tercer día de fiestas, así como las regatas de traineras —*estropadeak*—, que son la ocasión para que los mejores remeros de la localidad pongan a prueba y demuestren su fortaleza. A decir verdad, se trata más bien de una *estropadatxoa*, cuyo premio, para los vencedores, consiste en un odre de vino. Las grandes competiciones remeras suelen tener lugar entre poblaciones costeras, siendo San Sebastián la ciudad que mayor concurrencia atrae para esa forma de demostración deportiva. Son memorables las regatas que disputó Ondárroa contra la tripulación de San Sebastián, el 2 de Diciembre de 1891, en la distancia de 10 millas en mar abierto, entre Lekeitio y Guetaria, así como el reto que lanzaron los ondarroarras a los de Lekeitio, cuya competición debía consistir en ida y vuelta de Guetaria a Zumaya. En esas dos ocasiones perdieron los de Ondárroa, pero luego supieron desquitarse en no pocas intervenciones en que salieron triunfantes en la bahía de la Concha de Donostia.

El autor de KRESALA confiesa que no quiere hacer una reseña detallada de lo que viene a ser una regata de traineras, porque otros lo han hecho mejor de lo que él pudiera hacer y también porque sus lectores habrán tenido la oportunidad de presenciarla en no pocas circunstancias: *Eztot esan gura estropadeak edo gure arrantzaleen indar neurketeak zelangoak diran, batetik nire irakurle guztiak ondo dakielako, ta bestetik nik egingo neukean baño milla bidar obeto besteren batek zeaztu ditualako.*

Más que simple curiosidad, de interés psicológico es la conversación que sostienen dos *mariñeles* que tuvieron la oportunidad de alejarse, en repetidas ocasiones, de la costa vasca. Son Peru y Mikel que se entretienen en una taberna del pueblo señalando los

lugares que conocieron en sus salidas marítimas. El primero pretende haber conocido las ciudades de *Saander* y *Kijon* (Santander y Gijón). Mikel interviene diciéndole que él ha estado en la ciudad de Koruña (La Coruña) que vale más que las dos otras. Peru habla nuevamente para manifestar que, si bien no ha estado en La Coruña, ha llegado en alguna ocasión a *Lisburu* (Lisboa). Mikel, a su vez, trata de alardear sus conocimientos geográficos, diciendo que ha estado en *Kadiz*, *Tankarra* (Tánger) y *Zerueta* (Ceuta), donde viven los moros. —¿Moros en Cádiz? —pregunta Peru. —No, en Cádiz no, pero sí en Tánger y Ceuta, donde he podido verlos en repetidas ocasiones. Son hombres como nosotros, pero con una tez más oscura, una túnica larga, vieja y sucia y un turbante en la cabeza: *Baltzak edo baltzarenak. Zorki bat erabilten dabe buruan da jantzi zar, luze, zikin bat soñean*. Peru pretende haber visto uno de ellos en la Alameda de Santander —*Saandereko Llamen*—, con una cara muy negra, los labios muy salientes, los dientes muy blancos y los pelos ensortijados. —Esos no son moros —le replica Mikel. —¿Qué son, pues? —pregunta Peru. —*Afrikañuak dira oriek* (Esos son africanos), le dice Mikel. Peru se queda con la última palabra al replicar a Mikel: —¿Es que Africa no es también la tierra de los moros? (*Aprika ezta ba moruen lurra?*).

Tirabirak

Son muchas las páginas de KRESALA que vienen a ser un canto a la vida esforzada de los hombres de mar. Ya al amanecer, obedeciendo a las pregoneras —*deizaleak*— salen de sus casas para alejarse de tierra en sus embarcaciones. Cuando el tiempo es sereno y cunde la bonanza, el cielo nocturno adquiere cierto esplendor, y también, de día, el mar, iluminado por el sol, se muestra como una enorme superficie plateada: *Eguraldi onerako dagonean, eder da izartsu idoroten dabe goialdea, gabaz; eguzki errañu sutsuakaz itxas-gain dana ikusgarriro zidarturik egunaz*.

A pesar de ello, el ser humano aislado en la inmensidad del océano, percibe con angustia su insignificancia: *beti aurkitzen dau gizonak argal, ziztrin, uts da ezerezkoa bere burua itxasoko zabal-tasan aulgarriaren altzoan*. Pero, sobre todo, cuando el mar se alborota y enfurece, la situación del pescador resulta no pocas veces dramática. En varios lugares de su novela señala D. Domingo la arribada peligrosa de los barcos al puerto de Arranondo. No deja de señalar la leyenda existente de que en cierta ocasión unos

pescadores que estaban a punto de naufragar, se salvaron llegando normalmente a tierra en condiciones misteriosas. Cuando subieron a la ermita de Andra Mari, vieron que la imagen de la Virgen estaba mojada y sucia de arena, con lo cual comprendieron que fue Ella quien intervino directamente para salvarles en el mal trance en que se encontraban: *Baña auxe da izatekoa! Soñeko guztia bustirik eta barrenako ondarrez beteta eieukazan!*

El capítulo XI de KRESALA va dedicado a *Kitolis*, figura conmovedora de un anciano pescador que arrastra una vejez misérrima, sin más consuelo que el pasar las horas del día a orillas del mar con la mente fija en el recuerdo de un hijo suyo que murió en sus brazos, agarrado a la quilla de la lancha, y que luego, arrastrado por una ola se fue al fondo del mar.

Había sido *Kitolis* un hombre honrado y bueno a carta cabal: *zintzoa, apala, baketsua ta mendu onekoa*. Desde niño, apenas cumplidos los doce años, su padre le inició junto a él en las faenas pesqueras. Tres veces cayó al agua; la primera, en la temporada del besugo; la segunda, en la entrada del puerto: en esas dos ocasiones fue salvado por otros compañeros del pueblo: *bietan berialaxe artu genduezan erritar lagunak*. Por desgracia, el tercer episodio resultó trágico a más no poder: *Baña irugarrena! Itzala ta ikaragarritzkoa izan zan irugarren ori!* Fue un día en que salió con su hijo y otros tres compañeros a pescar berdeles frente a Orio. La fatalidad quiso que lo hicieran de mal humor, riñendo con quienes iban en otra embarcación, debido a lo cual se dejó de rezar la *Salve* en el momento de alejarse de tierra. Además, era pocos días antes de las Navidades. El tiempo era bonancible, pero al atardecer, cuando surgió el terral, un golpe de viento en la vela fue suficiente para que volcara la lancha. Es de hacer notar que por *tirabira* no se entiende "naufragar", sino más bien "zozobrar", ponerse la quilla al sol: *olako baten, brast joten gaitu aize bumbada gogor batek eta dsaut danok itxasora*.

Como la noche se les vino encima, nadie podía socorrerles y no tenían más perspectiva que el tener que aguantar, durante largas horas, hasta el día siguiente: ... *amabi, amairu edo amalau orduan egon bear alantxe*. El padre sostenía a su mozalbete, agarrados ambos a la quilla, pero el resultado fue que el muchacho, al cabo de cierto tiempo, se fue al abismo. El desventurado padre fue salvado a la mañana siguiente por una de las embarcaciones

que salieron del puerto de Arranondo. Nunca pudo recordar en qué circunstancias ocurrió tal cosa, pues su alma se hallaba destrozada por la desaparición de su hijo: *Nik eztakit ze ordu inguru izango zan beste olata batek txalopea ta semea besartetik kendu eustazanean, eztakit zelan oratu neutsan ostera txalopean, eztakit zelan egon nintzan goizeko zazpi ta erdietan...*

Otra evocación de un naufragio aparece al final de la novela, el más espantoso que recuerdan las gentes, el que tuvo lugar el 13 de Agosto de 1912, debido a una galerna que se desencadenó a media mañana y provocó la muerte de centenares de pescadores vascos. Solamente de Bermeo desaparecieron 173, y de Ondárroa, 61. Las páginas dedicadas en KRESALA a lo que los periódicos anunciaron como "La catástrofe del Cantábrico", son en verdad conmovedoras. Cuando salieron de sus casas nuestros bravos arrantzales para alcanzar, como de costumbre, el sustento de cada día, no sospechaban que tendrían que habérselas con la muerte: *Ai! Ezeben janaririk aurkitu: galdumendi, azken orduko ta ikaragarritzko erioztzea idoro euen gizagaixoak*. Todos los esfuerzos que pudieron hacer los náufragos ante los elementos desatados, resultaron baldíos, y unos después de otros fueron desapareciendo irremisiblemente, clamando por sus seres queridos: *Bakoitzak beren etxeokoi agurra ta zeruko Aitari arimako eskari bana ekin eutsien, iges egin eban adoreak beren besoetatik, etorri jakoen begietara beti betiko loa... ta ondatu ziran, bata bestearen ondoren, ur-azpiko illobi sakonean*.

Cada vez que surge la posibilidad de un naufragio debido al estado de la mar, la campana de la iglesia, cual súplica dirigida al cielo, deja oír su voz de una manera insistente, invitando a todos a la oración: ... *eleiz ezkillarik andiena durundurik lodi ta illunenekoa, astiro astiro, noizean bein daungada beti joten*. Suele ser el momento en que los niños de las escuelas, siguiendo a un abanderado que airea un paño negro, desfilan por las calles rezando y postulando por las benditas ánimas, para que éstas se apiaden de los que se hallan en el peor de los trances. Entretanto, el clero parroquial, reunido en la parroquia, reza el *Miserere* ante el altar de Jesús Crucificado, a la vez que acuden los fieles para sumarse, con el mayor fervor, a la petición. Pero ¿cuándo los hombres dejan de estar en peligro en medio de los caprichos del océano? ¿Cuándo sus madres y esposas dejan de pensar en los riesgos que corren cada día para conseguir el alimento que necesitan?: *Eta noiz ez-*

tabil gizona arrisku andietan itxasoaren erdian? Noiz eztagoz itxas ertzetako emakumeak gurasoen bat edo seme maitea galtzeko zorian?

Entre los hombres que por un motivo u otro quedaron en tierra, se mantiene la costumbre de que, cuando arrecia la tempestad y cunde el peligro de zozobrar en la entrada del puerto, ellos se echen a la mar en sus lanchas para ayudar a los que se encuentran en peligro. Caso típico y aleccionador de esa actitud resuelta, fue la de José Mari Zubía, conocido escuetamente por Mari en el ambiente pesquero de San Sebastián. Era zumayarra de nacimiento, pero se hallaba asentado en la capital guipuzcoana donde dejó fama de héroe y como a tal se le erigió el monumento que se ve en el paseo del puerto que conduce al Museo Oceanográfico. Después de repetidas intervenciones para prestar ayuda en medio de los peligros de una mala arribada, perdió la vida cuando se proponía salvar a los que se hallaban en trance de perder la suya: *Izan da Euskalerriko arrantzale bat, zumayarra, Jose Maria Zubia eritxona, baña Maria'ren izenagaz ezagutua. Arrantzale ori, beste askotan ondo urtenda, orain esan dotan legezko gertaldi baten Donostian ito zalako, bera jazkera ta izakeraren irudi bat egin eutsien uri eder atako gizon agintariak, eta irudi ori an dago Donostiako kaigañean.*

En ese recordatorio dedicado a Mari debemos ver el de no pocos *arrantzales* de alma grande que, como él, sucumbieron en un arranque de generosidad en que la existencia de los demás cuenta más que la suya propia: *Baña Jose Maria Zubia'ri ezer kendu barik, esan geinke bere gisako beste umant asko direla Euskalerrian, gure itxaserrietan gizonik aña umant dirala.*

BAIGORRI

El nombre de Antoine d'Abbadie d'Arrast pertenece, con méritos bien adquiridos, a la historia de la literatura vasca, pues sabido es que él fue quien inició las "Fiestas Euskaras" que dieron comienzo en la localidad de Urruña, en 1853, y, casi cada año, hasta 1897, se celebraron en las más diversas villas de todo el país vasco. También es muy conocida la generosidad del señor del cas-

tillo de Aragorri, ya que, de su propio peculio, premiaba a los galardonados en las competiciones literarias y deportivas, con onzas de oro y unas "makillas" con empuñadura de plata.

Mas no era tan sólo Mr. Antoine quien asistía a los certámenes, sino también su señora, tan entusiasta de la cultura vasca como su esposo. De ahí el prestigio del matrimonio d'Arrast y el homenaje que ambos merecieron de parte de una personalidad tan destacada como D. Carmelo de Echegaray, en ocasión de las Fiestas Vascas que se celebraron en Urnieta el año 1886. Pero la máxima consagración de la figura benemérita de d'Abbadie d'Arrast, tuvo lugar en la localidad labortana de Sara, cuando cinco miembros destacados del "Congreso de la Tradición Vasca", que tuvo lugar en San Juan de Luz, del 15 al 22 de agosto de 1897, fueron a colocar en la fachada del Ayuntamiento una lápida cuya inscripción resalta el sentimiento de reconocimiento y admiración de todo el pueblo vasco:

*Antonio Abbadiari
Eskual Herriaren
Oroitzapena.
Agorrilaren 19'an 1897'an*

La viudez de la ilustre dama d'Abbadie no fue razón para que ella se desentendiera del apego que, junto a su esposo, mantuvo hacia Euskalerrri, ya que, por su cuenta, publicó el año 1908 un libro tan ameno como aleccionador sobre la vida rural de algunas zonas de la Baja Navarra, teniendo muy a gala destacar, junto a su condición conyugal de Mme. d'Abbadie d'Arrast, la de "Echauz-eko Anderia", Señora de Echauz, la casa ancestral de la familia de su esposo en Zuberoa.

El libro de la señora d'Abbadie lleva por título CAUSERIES SUR LE PAYS BASQUE, y trata del ambiente de la familia vasca en el entorno de la localidad navarra de Baigorri, advirtiéndonos que, si bien la obra fue publicada en 1908, los datos recogidos son de treinta años antes, o sea, en vida de su marido y gracias a la colaboración del doctor Dihursubeere y su señora, a quienes va dedicada la obra.

El libro, redactado en lengua francesa, está escrito con deleite y amor por una tierra en la cual, después de haber transcurrido años de felicidad, descansan los restos mortales del matrimonio en

la capilla del castillo de Aragorri que, desde los acantilados de Ondarraitz, domina un gran horizonte de mar. Apenas esboza la autora las diversas teorías emitidas sobre los orígenes de los vascos, pues se atiene a la idea de Julien Vinson de que los eúskaros son elementos autóctonos de la tierra que habitan, y se place, la ilustre escritora, en destacar la gran belleza del paisaje, “capaz de hacer que el extraño que penetra en nuestra región dulcemente montañosa, salga vasco vasquizante, con la *makilla* en la mano, la boina en la cabeza, la cintura sujeta con la faja roja y los pies calzados con alpargatas”. En un país regaladamente bello, lo que vale no es plantearse problemas insolubles sobre los aborígenes, sino más bien dedicarse a disfrutar, “con los ojos bien abiertos, de las delicias de un paisaje sonriente, dejándose llevar del «carpe diem», o sea, del gozo de cada día...”.

La muy remota antigüedad del pueblo vasco se desprende de los modos de habitación que se emplearon, desde la simple choza (*ola*) y la pobre casucha (*itxola*), hasta la casa de labranza actual (*itxia*), cuyo nombre, con sus muy diversas peculiaridades, sirve para designar a los miembros de la familia, tanto a los que residen en ella, como a los que descansan en la sepultura familiar que, indefectiblemente, pertenece a la casa en que vivieron.

Respecto a la mentalidad arcaica de los vascos, cree la señora d'Abbadie que prevalecen por mucho en ella genios o númenes de tipo antropomórfico, dejando muy de lado “culto, leyendas, supersticiones, fetiches, proverbios y cualquier tipo de creencias que tenga relación directa con el mundo animal”. Acaso, ciertos nombres de familia como Choribit y Belzunze revelarían cierta forma de idolatría animalesca, aunque es mucho más probable que representen la supervivencia de sobrenombres o mote que quedaron de modo permanente a través de varias generaciones.

Dice que en los tiempos en que redactó su libro, o sea, casi hace una centuria, se creía en el *Basa-Yauna*: “se le oye, se le teme ante la idea de poder toparse con él”. Recibe también el nombre de *Anxo* y “los pastores tienen la costumbre de dejar algo de su comida para ese personaje, cuya costumbre es venir a calentarse en los rescoldos del fuego que se mantienen en el hogar mientras ellos se hallan dormidos”.

Creencia muy divulgada fue hace menos de una centuria la de las Lamias, posible reminiscencia, según la señora d'Abbadie,

de las "Lamiae" de Roma, alimentada por esos ruidos subterráneos que los pastores oían en las profundidades del suelo, "cuando los invisibles mineros, ocultos en el seno de la tierra, golpeaban en las rocas para extraer mineral". A esos personajes míticos, cuyo nombre genérico e invariable es *Guillen* (Guillermo), se les atribuía la construcción de la iglesia de Espes, en Zuberoa. La hicieron en una sola noche, pasándose uno a otro las piedras, mientras repetían siempre las mismas palabras: *To, Guillen; ekarrak, Guillen* (Toma, Guillermo; dámelo, Guillermo). El trabajo resultó bastante defectuoso, pues el muro del templo que da a la carretera, quedó inclinado, cual puede comprobarse actualmente. La razón es que las Lamias debían edificar las obras en una sola noche, y el canto del gallo, al amanecer, las hizo desaparecer en sus domicilios que siempre son bajo tierra.

Otro personaje antropomorfo muy generalizado en tiempos pasados para asustar a los niños, era *Mamu: Mamua etorriko da ta eramanen zaitu*, era la amenaza con que se trataba de amedrentar a los niños cuando se muestran caprichosos o coléricos. Acerca de ese mito, la autora expresa la opinión del erudito Rev. W. Webster quien cita a *Maymoum*, pretendida deidad de los judíos, en nombre de la cual se les hacía prestar juramento al Fuero General de Navarra. Por otra parte, en las representaciones de las Pastorales de Zuberoa, los Turcos y Satanás, para significar su origen pagano e infernal, van representados por un maniquí de madera colocado sobre la puerta de entrada del tablado y su nombre indefectible es *Mahoum*, posible contracción de Mahomet.

Hace resaltar la señora d'Abbadie la marcada tendencia de los vascos a la superstición y ciertas formas de hechicería, endilgada sobre todo a las viejas mendigas o recadistas que vivían solas en aposentos medio derruidos y con las cuales se ensañaba la gente moza golpeando o apedreando sus puertas y ventanas, insultándolas, pues era creencia de que ellas provocaban el mal de ojo que alcanzaba sobre todo a los niños de corta edad: "Nadie quiere alquilar alojamiento a las mujeres sospechosas de hechicería; se les impide dormir, se derriba la pared de su huerto, se lanzan piedras contra su casa; necesitan buscar otro escondrijo que todo el mundo les rehusa". Recuerda los tiempos azarosos en que de Lancre persiguió a más de dos mil "sorguiñas" en un territorio tan reducido como Laburdi, de quienes decía el infausto inquisidor que, además de asistir a los aquelarres, se trasladaban a Terranova donde se ha-

llaban los pescadores vascos dedicados a sus faenas, las cuales se veían entorpecidas por esas brujas aéreas que “lanzaban polvos y envenenaban todo lo que los pobres marineros habían puesto a secar junto al mar; provocaban tormentas y tempestades para perder las embarcaciones y después regresaban lo antes posible a su punto de partida”. Lo triste, lo lamentable e inimaginable es que los denunciante fueren “niños de siete a diez años, quienes confesaban haber asistido al aquelarre, no siendo ellos hechiceros, pues para tal oficio se requería haber cumplido los veinte años”.

Además de las presuntas *sorgiñas*, había una clase de individuos denominados *aztiak*, auténticos “perillanes que se dedican a explotar la credulidad y hacerse pagar de forma que consigán vivir a cuenta de los incautos”. Cualquiera pretexto es bueno para que la gente del campo acuda a ellos, con el fin de que les proporcionen un remedio para un animal enfermo, descubran objetos que se dan por perdidos o paralicen las intenciones de una persona a quien se atribuyen influjos de mala índole. El *aztia* es un personaje muy astuto que se vale muchas veces de su propia mujer para que, antes de introducir al solicitante, pueda informarse de dónde viene, a qué casa pertenece, qué es lo que desea...: ella da a conocer en secreto al hechicero las circunstancias que acaba de enterarse. Puede imaginarse el asombro del campesino que oye referir su historial. “¿Cómo podría poner en duda que el hechicero está dotado de una segunda vista? Nuestro maligno personaje se aprovecha del momento psicológico para consultar a su oráculo, que luego presenta una forma tan ambigua, que envidiarían las pitonisas de Delfos”.

Las curanderas —*belagileak*— han gozado de gran predicamento y a ellas se recurría sobre todo con la pretensión de curar las enfermedades de los niños. Esas mujeres constituían casi un sacerdocio, pues sus prescripciones se obedecían escrupulosamente. “Se valen de amuletos que hacen girar sobre la cabeza del niño enfermo. Hacen contar a la madre varias veces nueve granos de sal; frotan las extremidades de los brazos; friccionan las muñecas, y dichoso el niño al que no introducen en la garganta un puerro por las raíces a riesgo de asfixiarle”.

El niño desde su nacimiento estaba rodeado de prácticas superstitiosas, con miras a asegurarle la vida, ya que, por razones diversas, la mortandad infantil era muy crecida. La madre daba

a luz en la cocina, para ser mejor atendida, sin que le faltara un vaso lleno de vino caliente para poder sufrir el mal trance del parto. A los pocos días, vuelve a hacer frente a sus obligaciones caseras, mientras la criatura permanece a oscuras durante varias semanas. Luego ya pertenece al círculo familiar, pues se coloca su cuna cerca del hogar. Al año y un día se le cortan las uñas, pero se evita de lavarle la cabeza, pues es creencia de que "el casquete espeso y sucio que recubre sus cabellos, es huella dejada por el bautismo, y que quitárselo sería exponerlo a la mala suerte". El conducir a la criatura a la iglesia para ser bautizada al día siguiente de su nacimiento, fue también una práctica muy en uso, que trajo consigo contratiempos para la vida del niño, si se tiene en cuenta la distancia larga de no pocos caseríos con relación al casco del poblado donde radica el templo parroquial.

A la criatura ya crecida, nunca había que vestirla de manera llamativa. Había que evitar a todo trance que ciertas personas mayores, sobre todo si eran desconocidas, o bien jorobadas o de mala traza, se fijaran en ella. La fórmula utilizada para evitar cualquier sortilegio, es decir: *Puyes eta makhil*, a la vez que se hace una cruz con el pulgar y el índice. Esa expresión equivale al *Vade retro* evangélico, refiriéndose a Satán. La invocación de la *makila* o palo tiene su explicación mágica, debido a que ha sido el medio más indicado para embestir a cualquiera que pueda molestarle a uno.

El canturrear al niño y manifestarle ternura maternal con expresiones como *maitia*, *biotza*, *gaixoa*, mientras la madre le da de mamar tres veces al día o trata de adormecerle con un *lo-lo* rítmico, ha sido y es muy corriente. Antes de preocuparse de darle instrucción al niño, se le considera apto para ciertos trabajos caseros. El niño a los cuatro años "ya ha tomado el aire decidido de un hombrecito. Conduce el ganado al abrevadero; no teme golpear a las vacas recalitrantes con una grande vara, cuyo peso parece que debería arrastrarlo; es atrevido como un paje, dirige la yunta por el surco, con el aguijón en la mano, mientras que su padre sostiene la carreta o el arado". En los caminos se ven niños que conducen asnos cargados de madera; van a vender la provisión de haces de leña. "Esta forzosa actividad templó los caracteres y desvaneció la pereza nativa... Nada puede reemplazar a las obligaciones parentorias para inculcar a los niños la costumbre del trabajo".

Ya a los ocho años se le envía al monte para hacer pastar cabras o cuidar algún rebaño de ovejas, mientras que su hermanita, con los pies descalzos sobre los guijarros del camino, va a buscar agua a la fuente, o bien hace de recadista para ir al pueblo a traer lo necesario para el menaje. Desde muy niña comianza a hilar en compañía de las personas mayores de la casa. No era un trabajo penoso, sino que “el único inconveniente consistía en que para liar los hilos, era necesaria una constante emisión de saliva. A la larga, esta abundante salivación fatigaba el pecho. El labio de la hilandera se azulaba, hinchaba y gradualmente iba cayendo sobre el mentón. Había hilanderas, con el labio colgante, que se quedaban muy feas”.

Inspirándose en autores como M. O’Shea y el Rev. Webster, dice la señora d’Abbadie que en tiempos pretéritos no era el cura quien intervenía para establecer la validez del matrimonio o la comprobación de los nacimientos y las muertes, sino más bien cierta categoría de mujeres llamadas en Navarra “chandras”, “echandras”, “echaun”, palabras que provienen de *Etxeko Andria*, “señora de la casa”. Lo que se entendía por *serora* alcanzaba mucho más que el simple cuidado de las iglesias, pues cabe admitir que a ellas incumbía el atestiguar la buena fe de ciertos actos, asistir con los padres al nacimiento de los hijos, y a todo lo que se refiere a los funerales y a la vela de los muertos.

Si no el primitivo matriarcado de la sociedad doméstica vasca, cabe hacer resaltar el feminismo indudable de la familia rural al admitir y reconocer que la hija mayor, a falta de un primogénito y con preferencia a los hermanos menores, sea la heredera de los bienes paternos, sin dejar de ejercer una verdadera tutela sobre sus hermanos y hermanas, velando por su matrimonio, convirtiendo la morada en un hogar tutelar, donde todos los miembros de la familia puedan venir a retirarse y vivir en ella. El joven dueño, cuando venía de fuera, era objeto de una adopción completa: “sus antiguos nombres y cualidades eran absorbidos por los nuevos nombres y prerrogativas de que entraba en posesión por el matrimonio. Era implantado en la casa de su esposa, como un injerto de la raíz que iba a continuar”.

Los nombres que convienen a la abuela en euskera, *amona*, *amama*, *amatxi*, *amañi*, reflejan el prestigio de que ha gozado en el ambiente doméstico tradicional de nuestro país. Mientras la

dueña se entrega a los trabajos a veces duros que requiere la labranza, la abuela cuida de los pequeños, “se hace sirviente y madre para ellos”. A falta de madre, las costumbres prolongan la autoridad de la abuela hasta el matrimonio. Así, en los Fueros de Navarra se lee un artículo sobradamente significativo: “Los hijos y las hijas no se casarán clandestinamente de su padre y madre, o en su defecto, de su abuelo y abuela, y sin su voluntad y consentimiento, bajo pena de ser desheredados por dicho padre y madre, o abuelo y abuela, de sus bienes... y dichos matrimonios serán nulos y declarados como tales por el juez competente”.

La resistencia de la mujer vasca para el trabajo de la tierra queda patente en su presencia al lado de su marido, sea con la azada o la laya en sus manos, sea conduciendo el arado a lo largo del surco, o bien agarrando los bueyes por los cuernos para reducir o acelerar el paso de las bestias. Había mujeres recadistas que hacían recorridos de 50 kilómetros a pie, cargadas de paquetes. Las vendedoras de sardinas, denominadas *kaskarotak*, hacen en hora y media 20 kilómetros, “siempre corriendo y mientras corren, lanzan con voz estridente su grito: *xardiña frexkua!* Como salen en grupos, se establece una verdadera carrera por adelantarse unas a otras, a fin de llegar las primeras al mercado”.

Un trabajo esforzado y agobiante, muchas veces por la inclemencia del tiempo, es la recogida del helecho que comienza en octubre y dura hasta el mes de diciembre. Los helechales se encuentran en lugares ingratos, en altitudes que llegan a los 600 y 800 metros. Se va a cortarlos con una comida frugal para el mediodía, pues el regreso se hace al atardecer. El transporte del helecho resulta muy penoso cuando la planta está mojada por la lluvia. Los fardos se colocan primero en carretas sin ruedas, *lerak*, una especie de trineos gracias a los cuales el helecho recogido se baja por el barranco hasta el lugar donde radica el carro de bueyes —*orga*—. “Entonces se comienza a descargar y volver a cargar el buen forraje sobre el cual los animales del establo podrán pasar con cierto descanso la temporada de invierno”.

Otra faena campestre de importancia era la recogida de la castaña, pues en tiempos pasados fue un artículo alimenticio en nada desdeñable entre los campesinos de nuestro país. Encaramado en las ramas del árbol, el vareo implica no pocos riesgos y por ello es el hombre quien se encarga de ese esfuerzo. A veces el

árbol ha crecido teniendo sus raíces sobre un barranco y el manejo de la pértica con los brazos extendidos, implica una forma de equilibrio que puede romperse en cualquier momento. La mujer se encarga de la recogida del fruto ya en el suelo, contenta de llevar las cestas cargadas de un alimento básico durante los meses de invierno.

Entre las habilidades de la mujer vasca, destaca la señora d'Abbadie sus dotes de "bersolari". Señala una exhibición que tuvo lugar en la plaza de pelota de Hasparren entre dos contendientes: una ensalzaba la vida del labrador, mientras que la otra daba preferencia al trabajo de artesanía del alpargatero. La primera de esas improvisadoras, llamada María Argain, de Çanbó, tenía como rival a Ana Etchegoyen, de Hasparren. Ya de muy jóvenes la una y la otra se habían distinguido por su facilidad de repentizar y no tenían reparo en amenizar las fiestas locales acudiendo como auténticas bersolaris, siempre con un clamoroso éxito, pues el público suele ser muy numeroso y sigue los detalles del enfrentamiento con la máxima atención. Resulta una diversión tan general, que "las autoridades civiles y religiosas la aprueban y sancionan con su presencia". Resalta la señora d'Abbadie el temperamento musical del vasco e intuye el momento en que, previa recogida y conocimieneto de un Cancionero, existan agrupaciones que sabrán hacerlo valer. Ya con algunas melodías, de patente originalidad, "se ha producido una ópera moderna".

En el libro de la señora d'Abbadie se destaca mucho más la psicología de la mujer que la del hombre vasco. Si, desde niña, la *neskatilla* se prepara a ser una futura *etxeakoandre*, es preciso que adquiera las aptitudes necesarias para ello, en vista de lo cual no es raro que se la envíe a servir a alguna casa de burgueses de Bayona o Biarritz, donde permanecerá un par de años. Luego, de regreso a sus lares, cuando ha conseguido que un buen mozo se fije en ella para contraer matrimonio, ella sabrá recibirle en su casa los sábados al atardecer, razón por la cual en las zonas vascas de Benabarra y Zuberoa ese día de la semana recibe el nombre de *Neskaegun*, "día de la muchacha", o mejor todavía, de la prometida.

Acerca de ese apelativo de *Neskaegun* para expresar el día del sábado, al lado de otros como *Larunbata* y *Egubakoitz*, se han emitido las más variadas opiniones. Bastan los siguientes palabras,

fundadas en la realidad de los hechos, de la señora d'Abbadie, para saber a qué atenerse: "Todos los sábados el novio va a pasar la velada con ella, y ella le prepara la cena. Castañas asadas, leche de oveja, cuajada de queso, huevos con tomate y una buena tajada de jamón frito que se llama «chingarra», galleta de harina de maíz, denominada «talua» y pan de maíz o torta; ella le prepara y ofrece un festín; pone en ello todo su amor propio, pues quiere que él sepa apreciar su talento culinario".

El noviazgo dura poco tiempo, y conviene que así sea, por motivos bien fundados. Antes de la boda, se impone la preparación del ajuar. Los muebles de la alcoba los adquiere el novio, así como los anillos de boda, un broche de oro, pendientes y una cadena para el cuello con un medallón para su futura esposa. Ella, como buena hilandera, prepara una docena de camisas para su prometido, entre las que se destaca "una muy hermosa, para el día de boda, de tela muy fina y muy blanca, que adorna con un botón de oro para cerrar el cuello". El vestido del novio se compone de una chupa redonda de paño negro "que flota sobre un cinturón de lana roja, y se abre largamente para dejar ver el chaleco de tejido rojo y la blancura deslumbrante de su camisa; una boina azul sobre la cabeza, y en los pies, zapatos de tela blanca con suela de cáñamo". Desaparecieron los calzones cortos de terciopelo, para dejar paso a largos pantalones, así como aquella larga cabellera muy poco apropiada para que encaje debidamente la "txapela".

La novia lleva una falda negra muy larga que envuelve varias otras faldas interiores, a fin de que a todas esas prendas alcance la bendición nupcial, augurio de la mejor ventura para los desposados y su descendencia. El manto que la cubre es también negro, adornado con encajes, que servirá para otras bodas en las futuras generaciones.

El desfile del ajuar en una o varias carretas al futuro domicilio de los contrayentes, reviste caracteres de un verdadero rito. Se trata del *etxe-sartzea*, literalmente "toma de posesión de la casa" o también del *arreo-mustra*, exposición o muestra pública del arreo, que resulta, claro es, tanto más vistoso cuanto mayor sea el número de carros que desfilen cargados de los objetos variados que constituyen el ajuar. Un hermoso carnero engalanado con lazos y un gran cencerro, *bulumba*, abre la marcha del cortejo, al cual

le siguen varias muchachas llevando en la cabeza grandes cestos de mimbré, adornados con servilletas rojas y azules, sobre las cuales se colocaron panes, botellas de vino, de licores, pasteles y otras golosinas, sin que falten tampoco algunas flores. Sobra decir que esas vituallas, obsequio de los amigos de los novios, servirán para el banquete nupcial, así como el carnero que será sacrificado horas después de su exhibición. En una de las carretas va encaramada la costurera, encargada del arreglo de la cámara nupcial. El chirrido estridente de los ejes de las ruedas de las carretas anuncian desde lejos su llegada y, en el trayecto, los vecinos acuden con un aire festivo para expresar sus plácemes a los futuros esposos.

No deja de ser curiosa la descripción que la autora hace de una boda en zonas en que se amenizaba la fiesta con la "txirula" de Zuberoa. Las *extaiak*, a las que acuden gran número de parientes, amigos y vecinos, duran tres días, durante los cuales prevalecen las comilonas, con cantos y bailes. El primer día, después de la misa en que se bendice a los contrayentes, la comida tiene lugar en mesas que se colocaron alrededor de la iglesia. Después del ágape que dura varias horas, pues nadie tiene prisa para levantarse de la mesa, se organiza el baile de la farándula que recibe en nuestro país diversos nombres: *gizon-dantza*, *karrika-dantza*, *branlia*, *panperruque*, etc. El baile no lo conduce el recién casado, sino el mozo de honor; los danzantes se sujetan unos a otros valiéndose de sus pañuelos. La cuerda larga que forman recorre todo el pueblo, con aire jovial y feliz. Quien paga el plato es el novio, pues a él le incumbe obsequiar a todos, viéndose relegado de la farándula, pues con una botella y un vaso en ambas manos, tiene que dedicarse a ofrecer vino a cada uno de los que integran el conjunto del baile: "Debe hacer uso de toda su buena voluntad, ya que, mientras la gente baila, él se dedica a obsequiar con un aire algo aburrido". Luego la gente descansa en la taberna del pueblo, donde los hombres obsequian a las señoras con agua azucarada y refrescos. Ya, hacia las diez de la noche, todos van a casa de los novios para la cena. Después de cenar se termina la noche danzando al son del "flageolet", el instrumento conocido en el país por "txirula" o "txiruliru".

En las tres provincias vasco-francesas, la dote en su conjunto suele ser remitida a los padres, y éstos deben a los nuevos esposos la mitad divisa de las propiedades, sobre la cual pierden sus derechos. Esa dote, hasta el siglo XVIII, era satisfecha, mitad en

dinero, mitad en ganado bovino, pero en tiempos más antiguos se sabe que era exclusivamente en ganado. Si el concepto del dinero en latín se centra en la idea de ganado —*pecunia*, de *pecus*, *pecoris*—, la de la riqueza en el ámbito cultural vasco se cifra también en la abundancia de ganado —*aberatza*, de *abere*, “ganado”.

Cabe señalar que los hijos segundones nada podían pretender en cuanto a los bienes familiares; venían a ser “domésticos sin salario” en su propia casa. En el valle de Barèges recibían el nombre de *sclaus*, “esclavos”, sin que de hecho lo fueran, pero, si querían obtener su legítima, debían aportar a su casa los beneficios adquiridos fuera de ella.

En las casas más pobres del país, verdaderos chamizos en que tan sólo existía una habitación de dormir, ésta solía ser reservada para los jóvenes esposos, mientras los ancianos y los hijos más jóvenes dormían arropados como podían en el henil. Cabe recordar los tiempos señalados por Estrabón en que toda la familia dormía en hoyos cubiertos de paja alrededor del hogar, que entonces se hallaba en el centro del único aposento que era la cocina —*sukalde*, *sutondo*, *supazter*—.

Sabido es que Agustín Chao señaló entre los vascos la costumbre de la covada, sin aportar pruebas para ello: “Cuando una joven madre abandona su lecho de dolor y de maternidad, el esposo toma un momento su lugar cerca del recién nacido, como si la aspiración de un aliento viril y el soplo paternal debieran comunicarle la fuerza a este ser frágil y mezquino, dotado de una impresionabilidad magnética”. La señora d’Abbadie no desecha la opinión de Chao, pero siguiendo a Webster, reconoce que “nadie —entre los médicos y las comadronas— ha podido constatar un solo caso en el país vasco, y los únicos ejemplos que se han podido invocar, son relatos de segunda mano o testimonios contradictorios”.

Respecto a la manera de vestirse de la mujer vasca, dice la señora d’Abbadie que, si bien cuando sale fuera de casa para ir a la iglesia o al pueblo se presenta decorosamente, ya en su hogar no pocas veces da la impresión de una harapienta por las ropas viejas y sucias que emplea. Debido a sus largas horas de trabajo y a tener que criar un número crecido de hijos, y también a la falta del reposo y sueño necesarios, pues es la última que se acuesta y la primera que se levanta, envejece antes de tiempo. En cuanto

a las muchachas, son ligeras de cascos, sin que los padres las vigilen bastante y las obliguen a retirarse los días de fiesta a casa a las horas debidas. Por otra parte, son tan resueltas, que a veces se enfrentan con parejas del sexo contrario para jugar a la pelota y se dedican también al contrabando en las zonas fronterizas. No sólo los hombres, sino también las mujeres son aficionadas al juego de mus, valiéndose siempre de cartas españolas, y al juego de bolos: "saben coger el bolo con el brazo extendido y lanzarlo con el vigor con que lo haría un hombre". En cuanto al baile en la plaza pública, sólo tiene lugar en ocasión de las fiestas locales. Fuera de ahí, no toman parte más que en la *Dantza-Korda*, la farándula o pasacalles, con motivo de las bodas.

Como diversiones públicas, la autora señala los charivaris, las mascaradas y las pastorales. "La crónica local ha proporcionado el tema del charivari; es una sátira de las costumbres del pueblo, la puesta en escena de una aventura grotesca o escandalosa, de la que habla todo el mundo. Entonces, un día se ponen de acuerdo los jóvenes y se dedican a escenificar la historia que apasiona en más alto grado".

La mascarada es un paseo de jóvenes disfrazados grotescamente que desfilan por las calles y carreteras, gastando bromas de mal gusto y a veces escandalosas. No se detiene la autora a describir los bailes en que aparecen jóvenes disfrazados y cuyos pasos, siguiendo los aires y el ritmo de las "txirulas", poseen una gracia y un mérito incuestionables. Se fija más bien en el teatro popular o Pastorales, cuyo repertorio no se compone de "Misterios", como ocurría en la Edad Media en muchos países de Europa, y tampoco se representan en las iglesias, sino en la plaza pública o frontón del juego de pelota.

Mr. Hérelle estudió muy a fondo las Pastorales de Zuberoa, y al ver que en la actualidad únicamente los muchachos intervienen en ellas, preguntó a la señora de Carricaburu, dueña del castillo de Cheraute, en los alrededores de Mauleón, si ella recordaba pastorales representadas por muchachas, incluso para plasmar personajes del sexo masculino. La contestación de Mme. Carricaburu fue que, efectivamente en la representación de "Genoveva de Brabante", en Mauleón, las muchachas actuaban como actrices en el teatro que duraba nada menos que seis horas. Hablaban cuando se dirigían al público; pero al dar la espalda, escuchaban al

apuntador para repetir luego su papel volviéndose nuevamente hacia el público. El traidor "Golo", estaba representado por una joven robusta, "de tez muy coloreada, vestida decentemente como un hombre. La desgraciada se desgañitaba gritando, hasta el extremo de que al final de la jornada su semblante parecía casi negro". El papel de ángel suele hacerlo un niño que tenga una voz muy bien timbrada. En cuanto a Satán, debe ser un hábil bailarín. "En la pastoral que yo he visto representar, ese papel fue asignado a una deliciosa morenita que danzaba maravillosamente".

En algunos casos intervinieron simultáneamente personas de ambos sexos para la representación de alguna Pastoral, precisamente en la de "Genoveva de Brabante" en la plaza de la localidad navarra de Uhart-Cize; el papel de Genoveva correspondió a Mme. Arnauld Landaburu. Pero ya, a partir del año 1887, tan sólo podían intervenir muchachos. Así, en esa misma localidad de Uhart-Cize fueron chicos jóvenes quienes actuaron en la representación de una Pastoral dedicada a la vida de Santa Elena de Constantinopla.

Sabido es que, además de Mr. Hérelle, gran especialista en los estudios de las Pastorales de Zuberoa, el catedrático de la Universidad de Burdeos, Mr. Albert Leon, dedicó su tesis de doctorado por La Sorbona a un trabajo sobre una Pastoral titulada "Santa Hilda". Mereció el máximo galardón el 13 de marzo de 1909, hallándose entre sus examinadores el ilustre vascólogo M. Julien Vinson.

Al tratar del problema de la muerte en el ambiente vasco, dice la señora d'Abbadie que en nuestro mundo rural, al igual que en los demás pueblos agricultores, se admite el hecho con toda naturalidad, como una ley impuesta por la Providencia. Da a conocer el caso conmovedor en que una *etxeakoandre* de cierta edad, al saber que había llegado su hora, ella misma tuvo la serenidad de notificarle a su nuera todo cuanto debía adquirir en los comercios del casco del pueblo en lo referente a comestibles, cirios e incluso unas cintas negras que servirían en el momento oportuno para sujetar las manos, los pies y la cara de su cuerpo ya difunto. Cuando la joven dueña volvió con sus encargos, los colocó encima del lecho de la enferma, dándole detalles de cuánto le había costado y dónde había adquirido los artículos. "En ese momento, una idea atraviesa la mente de Graxina: llama a su hijo y le dice:

«Peyo, prométeme que para mi entierro me cubrirás con mi hermoso manto de boda».

El tañido de la esquila parroquial anuncia al vecindario el trance agonizante de una persona, y es el momento en que el primer vecino va a la iglesia a traer una cruz de madera negra que se colocará entre los cirios que se enciendan en la sala mortuoria, antes de que presida la comitiva fúnebre del sepelio. En el desfile de las personas que asisten al entierro, una se coloca detrás de otra —*segizio*—, las mujeres antes que los hombres. Los miembros de la familia que presiden el duelo llevan indumentos apropiados para esa ocasión: las mujeres con sus *manteletak* o *kaputxoinak*, que les cubren ampliamente todo el cuerpo, incluso la cara disimulada con un gran velo, y los hombres con unas amplias capas que les dan un aire señorial. Por otra parte, son doce los vecinos que rodean el féretro con sendos cirios encendidos.

Ya no se anuncia la defunción de una persona con grandes gritos de alarma, ni tampoco intervienen la plañideras “lanzando voces de angustia, rasgándose el velo, mientras le compadecen y se compadecen de ellas mismas: “¿Te parece bien el haberte marchado, dejándonos así?” — “Es una cobardía el que nos hayas abandonado.” — “¿Qué será de tu pobre madre, tu Mañiño? Sin ti, ¿qué será de la pobre anciana?”. O también: “Da un ósculo al abuelo.” — “Dí a mi tía que ruegue por mí; que ore por Peyiko para que sane.” — “Dí a San Martín que la pobre vaca ha muerto, y que pida a Nuestra Señora que nos envíe otra más joven y menos pesada que aquélla.” — “¡Ah!, pobre de ti, tendrás hambre y sed...”.

La confección del sudario o *hil-mihisia* era de rigor en el cantón de Tardets a principios de siglo. Venía a ser una hermosa camisa, destinada al primer miembro de la familia que muriese. La más anciana trabajaba en esta prenda, que a veces sería su propio sudario; tampoco era raro que la muchacha casadera la llevase en su arreo, confeccionada por ella misma. En tiempos pasados se conducía al muerto sin ataúd a la iglesia por caminos bien delimitados para ello. En el duelo se distinguía la primera vecina que llevaba un gran delantal blanco, como signo de estar dispuesta a hacer frente a todos los menesteres y obligaciones que surgen en esa ocasión.

No deja de tener cierto pintoresquismo la descripción que hace Mme. d'Abbadie acerca del entierro de Catalina, llamada la “ne-

gra" o la "decana", considerada, por su avanzada edad de 82 años, como la reina de los gitanos. Tuvo fama de ser hechicera, pues cuando iba por las casas pidiendo, si no le daban lo que ella quería, lanzaba las peores amenazas y maldiciones. Murió en una granja medio derruida en las inmediaciones de Iholdy. Para conducirla al cementerio, acudió uno de sus hijos, residente en Bayona, y con un acompañamiento de una docena de gitanos la depositaron en una carreta tirada por dos borriquitos. Los vecinos de la localidad se enteraron del fatal desenlace de la Kattalin cuando, al llegar sobre una altura que domina el hermoso pueblo de Iholdy, los gitanos lanzaron formidables "irrintzis", cuyos ecos repercutieron por los alrededores, "suscitando el miedo y el asombro entre los habitantes de aquel aislado distrito". Nadie sabía si aquella demostración estridente era de pena o de alegría por haber franqueado sin dificultad una cuesta muy escarpada. Lo cierto es que "una botella de aguardiente disimulada en el pecho de uno de los gitanos había recibido, durante el trayecto, *muxe bat baino geiago*" (más de un besito).

Al tratar de la familia vasca, no se puede dejar de lado el considerar lo que la presencia de los animales representan en ella, esas bestias que radican en la planta baja de la misma vivienda y que la señora d'Abbadie denomina "los huéspedes de la casa vasca". Según ella, en tiempos pasados esos animales gozaban de plena libertad, ya que entraban y salían de la casa a su antojo, por la razón de que la puerta de entrada permanecía siempre abierta, y lo mismo las gallinas que los cerdos, borriquillos y caballos disponían de una independencia que "desarrolla en ellos la sagacidad..., favoreciendo una inteligencia que salta a la vista y que maravilla". Tanto el caballo como el ganado vacuno conocen perfectamente la dirección de su casa y, sin tropiezos, se dirigen a ella cuando vienen del prado cercano o también de los altos pastizales.

En cuanto al asno, le gusta el vagabundeo y "no piensa en regresar a su casa ni siquiera de noche". No tiene reparo en saltar vallas ajenas y penetrar en los campos de cereales para darse buenas panzadas, sin el menor remordimiento. Nadie se preocupa de él, ni "para darle una brazada de heno", a pesar de que se recurre a él en las más variadas circunstancias, incluso como entrenador de las yuntas de vacas: se le coloca entonces al costado o a la ballesta, y él marcha, "tirando con todo su corazón e indi-

cando el camino". De él dicen nuestros campesinos que "trae vino y bebe agua", para significar la gran diferencia que existe entre el trato que recibe y la utilidad que representa. Y es que "el que tiene asno y baste, irá a la feria cuando le plazca". Para conducirle sobran la brida y el bocado; con dar un tirón en su cabeza con una cuerda que va enroscada al cuello, resulta muy suficiente. Mientras que el caballo representa un animal de lujo, un borriquillo no vale más de 18 a 20 francos, y la especie que prevalece en el país vasco francés, es más bien miserable, en contra de lo que ocurre allende el Pirineo, donde hay ejemplares de buena raza.

El mulo, *mandoa*, vigoroso, ha merecido gran aprecio en ciertas zonas de nuestro país, sobre todo para el transporte de odres de vino, carbón, mineral e incluso piezas de cañones que se fabricaban en las herrerías y luego se transportaban a Bayona para servicio del rey. Como no había carreteras y el transporte se efectuaba a través del bosque, por malos caminos, era inevitable que los accidentes menudearan: "En los libros de cuentas que datan de antes de la Revolución, se mencionan las piezas que se han perdido en el trayecto y que jamás pudieron llegar a su destino". La fiesta de los mulos tenía lugar en el pueblo de Arnegui, el día de San Antón: los muleros con sus caballerías daban tres vueltas alrededor de la iglesia y, después de los ritos religiosos a que ellos asistían, se reunían en un gran banquete que, con sus cantos y danzas, duraba hasta el anochecer.

El animal más apreciado por su utilidad y rendimiento es la vaca. Todos los cuidados son pocos para ella y para el ternero, "al que se le trata con toda suavidad". La descripción que hace de ese animal la señora d'Abbadie, no puede ser más acertada: "es de raza pequeña, de andar rápido, fina, de piel amarilla o marrón claro, toda de un color; es un animal de monte, que tiene más nervio que peso, poca leche, pero espesa y cremosa, con la cual cría con éxito a los novillos". Se la conduce con aguijón y se deja llevar con la mayor docilidad, hasta el extremo de que "el boyero puede dormir sobre la carreta o quedarse atrás para charlar. Y si se le ocurre detenerse ante una taberna para echar una partida de mus, ellas le esperarán resignadas, sin dar muestras de la menor impaciencia...".

El sentido de la orientación es admirable en el ganado vacuno. Así, se ve que desde una distancia de muchos kilómetros, cuando las vacas se hallan en los altos pastizales de verano, las de un

mismo pueblo son capaces de ponerse de acuerdo subrepticamente a la caída de la noche, bajo la dirección de la vaca que lleva el cencerro. "Todas las vacas avanzan tranquilamente, franqueando distancias que acaso no habían recorrido más que una vez; llegan por la mañana a su pueblo y se dispersan, cada una de ellas presentándose a la puerta de su establo". Un dato que la señora d'Abbadie hace resaltar es que en el país vasco no son las mujeres, sino los hombres quienes se encargan de ordeñar a las vacas, en contra de lo que ocurre en los demás pueblos agrícolas de Europa. "Se dice que, incluso en sánscrito, el nombre más antiguo de la hija de la casa (*daughter*) es "la que ordeña las vacas (*the milkel*). Nos hallamos ante una de las pruebas de que los vascos no son de la gran raza aria o indoeuropea..."

Tiene tanta estimación el ganado vacuno entre los vascos, que son los únicos animales que se les designa por el nombre de la casa en que han nacido, destacando, al mismo tiempo, en el apelativo que les conviene alguna particularidad física que resalta en cada una de ellas. Es una excepción que se hace a su favor, ya que, entre los animales domésticos, ninguno recibe un nombre para él individualmente. Al perro se le llama *Potxo*, *Tete*, *Txutxo*, etc., meras expresiones de ternura. Incluso en la designación genérica del perro, *txakurra*, cabe vislumbrar esa disposición emocional, pues su traducción literal es "cachorro", siendo *or* el que genuinamente le corresponde, cual se destaca en *artzainor*, "el perro pastor".

El perro de raza pirenaica es de gran talla, cabeza de león, orejas puntiagudas, el cuello poderoso y las mandíbulas bien dispuestas. Es un guardián de primer orden, con un gran sentido de responsabilidad, sin que por ello se entregue a atacar bajo cualquier pretexto. Vive siempre fuera de casa, aunque puede cuando quiere penetrar en ella, ya que la puerta de entrada nunca permanece cerrada. Cuando toda la familia se halla ausente, entregada a las faenas agrícolas en las heredades, él permanece alerta como único habitante de la casa. Su soledad le induce a tumbarse sobre un montón de helechos para quedar adormilado, pero la realidad es que se halla muy alerta, ya que a la menor alarma, de un salto abandona su observatorio y sale al encuentro del intruso, hombre o animal...; el intruso se bate en retirada; es el único partido que puede tomar.

Como la alimentación que se da a los perros es muy deficiente, compuesta de harina de maíz amasada con agua, no es raro que,

acuciados por el deseo de darse un hartazgo de carne y sangre, acometan a algunas ovejas de algún rebaño lejano. Nunca se ensañarán con las bestias pertenecientes al rebaño de su casa, sino que se alejan a muchos kilómetros, “donde se sabe que un rebaño ha establecido su cuartel general”. Entonces estrangula algunas ovejas, sorbe su sangre y devora las partes de carne tierna por la que se siente voraz. Después de haber cometido su fechoría, “regresa como si nada hubiera ocurrido, a hacer de guardián, cerca de sus dueños”.

Así como al perro se le puede matar, por vejez, enfermedad o por haber adquirido instintos carniceros, tal cosa no puede hacerse con el gato: o bien se le abandona para que vuelva a su estado salvaje, o bien se le echa al río para que se ahogue. Apenas se le alimenta en la casa, a fin de que, a fuer de buen ladrón, resulte excelente cazador de ratas o ratones: *katu uhuina, ehiztari*. En tiempos de epimidia brujeril, se creía que las “sorgiñas” podían convertirse de noche en gatos, y entonces cabía la idea absurda y cruel de que se les podía perseguir y martirizar, sobre todo en ocasión de los “charivaris” que organizan los mozos para burlarse de alguna persona de la localidad. Pero en condiciones normales, debido a la gran utilidad que representa el *pitxitxi* o *miñiño* contra los roedores, es un animal muy apreciado, cuya carne en modo alguno puede utilizarse como manjar, so pena de haber pecado y no poder ir a comulgar sin haberse arrepentido...

Dice la señora d'Abbadie que no se puede dejar de lado sin mencionarlo, “por una especie de respeto humano mal comprendido”, al cerdo que, en un hogar vasco, ocupa un lugar preferido: “sería un atentado de lesa-color-local”. En el país vasco “el cerdo es un rey, pero un rey por derecho de conquista”. Importado de Ultramar, “ha conservado los modales insolentes de los turistas de la Agencia Cook”. Se le deja corretear por las calles, penetra en los aposentos de la vivienda, nadie le molesta en sus correrías, ni siquiera “los gendarmes” que se movilizan inmediatamente en su busca cuando algunos desaprensivos tratan de llevarse alguno de ellos. De noche en su pocilga encuentra una buena comida. La mujer, y nunca su marido, es quien interviene para la alimentación y el engorde del cerdo. Pero no es raro que un muchacho de la localidad haga de porquerizo, llevándose muy de mañana a todos los cerdos del vecindario a unos pastizales donde puedan hallar hierba, bellotas, raíces, leguminosas y agua a discreción.

Después de bien cebado con grano y harina, le llega al buen animal el momento de su sacrificio que, para la familia, es un día de fiesta, pues se trata de la semana más alegre del año. En el banquete que se da a los que intervinieron en el acto, el plato más apetecido es el del hígado del cerdo. Luego viene el envío de morcillas a las familias de la vecindad, como regalo imprescindible y signo evidente de amistad.

Dice la señora d'Abbadie que el vasco no es brutal con los animales, pero tampoco les manifiesta una particular y afectuosa atención, como se da entre ciertas gentes, como por ejemplo el árabe que comparte el abrigo de su tienda con su caballo. Incluso en ciertas partes de Francia existe "entre animales y personas una relación de asociados, como amigos, viviendo codo a codo, estrechamente solidarizados unos con otros". En cuanto a los pueblos de la India, fundamentándose en la idea de las sucesivas reencarnaciones, es bien sabido hasta dónde llega el culto de todos los animales y, de un modo especial, el de la vaca. Entre los antiguos griegos, en los textos de Homero vemos que Héctor, Antíloco, Aquiles dialogan con sus caballos, como amigos y colaboradores que son de todas las horas de su vida. En la Biblia también se alude "con bellas y fuertes imágenes al reino animal: el conejo, la hormiga, el saltamontes, el caballo, la liebre, el águila, la paloma, entran en escena, y el profundo conocimiento del carácter, la exactitud con que se desarrolla el papel de estos animales, aportan al espíritu las nociones más luminosas, asombrosas y duraderas".

En la literatura de los vascos, manifestación de su manera de sentir las cosas, se alude a la paloma y al pájaro que se halla enjaulado, pero como símbolos de la mujer amada, expresiones discretas para ensalzar la figura y los encantos de la muchacha apetecida. Si en el "Canto de Altobizkar" aparece, en una estrofa, el perro junto a su dueño, en la "Batalla de Beotibar" y en los cantos en honor del vizconde de Belzunce y del conde de Estaing, para nada se alude a animal alguno. El hombre es quien ocupa la escena, sin que se recurra a creencias o supersticiones que tengan algo que ver con nuestros hermanos inferiores. En la filosofía del vasco no se percibe la idea de que todos los seres vivientes somos hijos de "un mismo soplo" y que "todas las criaturas tenemos un mismo origen ante el supremo Maestro de la vida y que nuestra felicidad resulta tanto mayor, cuanto mayor respeto experimentamos hacia el Ser".